

# LA CIUDAD

## (ALAIN DE BENOIST, "VUE DROITE", CAP. LXV)

El urbanismo no se reduce a una cuestión de vivienda y de circulación. La ciudad es una microsociedad: regula toda nuestra vida. En sus "Grundrisse", Karl Marx subraya cómo la ciudad concentra <<todo aquello que hace que una sociedad sea una sociedad>>. Henri Laborit describe la ciudad como uno de los medios utilizados por los grupos sociales para perpetuar sus estructuras. Oswald Spengler escribe: <<Todas las grandes culturas son ciudadanas. El hombre superior de la segunda época cósmica es un animal constructor de ciudades>>. De no existir las ciudades, el hombre no se hubiera desprendido de la "naturaleza". Desde que el hombre tomó conciencia de su humanidad, la expresión sociológica de esta toma de conciencia ha sido la ciudad. La ciudad nace como producto de todo lo que es específicamente humano: la historia, el dominio de la naturaleza, la toma de posesión del mundo. La existencia urbana se confunde con la existencia política y propiamente humana. No existe la civilización nómada: la civilización deriva de una explotación del sedentarismo. La misma palabra "civilización", etimológicamente, quiere decir "referente a la ciudad".

Todo constructor es hijo de Caín

En un ensayo penetrante, en donde sienta las bases de una verdadera teología de la ciudad, Jacques Ellul, profesor de historia social en el Instituto de Estudios Políticos de Burdeos, descubre en la Biblia una verdadera maldición de la ciudad.

Significativamente, el primer constructor de ciudades fue Caín. Después de haber dado muerte a Abel, edificó una ciudad a la cual bautizó con el nombre de Enoc (Génesis IV, 9-17). Ahora bien, Abel, el protegido de Dios, fue un pastor; es decir, un nómada. Caín pasa por ser el fundador de la agricultura, y por tanto de la cultura sedentaria. El uno y el otro representan dos modos diferentes de vida, entre los cuales Yahvé maldijo a Caín y toda su descendencia. <<Yahvé -explica Giorgio Locchi-, había rechazado las primicias que le ofreció el agricultor Caín, mientras aceptaba las ofrendas por Abel. Pero Abel no era un ganadero, sino simplemente un nómada que había abandonado la caza por la razzia, prolongando la tradición mesolítica en el seno de la nueva cultura nacida de la revolución neolítica, rechazando los nuevos modos de vida>> ("Reconstrucción y realidad del mito cosmogónico indoeuropeo", en Nouvelle Ecole nº 19). La muerte de Abel en manos de Caín es, así, una "repetición" del episodio del pecado original. El pecado de Adán condenaba al hombre a la historia. El pecado de Caín le condena a vivir esta historia en la ciudad -el lugar en donde se hace la historia. <<La ciudad -anota Ellul- es la consecuencia directa del asesinato de Abel y del rechazo de Caín a recibir la protección de Dios>>.

En sus orígenes, la ciudad apareció como el proyecto de un Edén humano sustituto del Edén divino. El nombre simbólico de Enoc ("Iniciación") contiene la idea de un (re)comienzo. Para Caín, la construcción de la ciudad es el principio de la humanidad. <<La creación de Dios es considerada como nada. Dios no ha hecho nada, puesto que no ha terminado nada. Ahora, comenzando sin Dios, es el hombre quien comienza (...)

Y al igual que la historia comienza con la muerte de Abel, la civilización comienza con la ciudad y con todo lo que ella representa>>.

La ciudad representa muchas cosas. Es el símbolo del poder político –del poder humano. Es el signo del mundo. Yahvé se ofende exclamando: <<Castigaré al mundo por su maldad>>. La Biblia establece un paralelismo entre la civilización urbana, la civilización guerrera, la política y el Estado. No hay guerra mas que entre sedentarios, para quienes todos los territorios tienen un valor. <<La guerra es un fenómeno urbano, como la ciudad es un fenómeno militar. El perfeccionamiento del uno implica el perfeccionamiento del otro>>.

El poder terrestre de la ciudad, fundado sobre la dominación -es decir, sobre una relación de fuerzas-, contrata con el poder espiritual de la Elección. La ciudad interfiere en la relación entre el hombre y Yahvé. Esta interferencia está representada por la voluntad de poder, motor de la lucha universal de la cual resulta la historia. El ser histórico es necesariamente un rival de Dios, pues este ser histórico es, desde sus comienzos, un ser objetivado. <<La historia es objetivación>>, decía Berdaiev. La Biblia explica el sentido metafísico de la historia como trascendente con relación al universo fenoménico objetivo, rechazando que las finalidades humanas dependan de lo político; es decir, del hombre mismo.

La entidad ciudad está maldita. <<La maldición fue pronunciada en sus orígenes - escribe Jacques Ellul. Forma parte del mismo ser de la ciudad, se inscribe en la trama de su historia. La ciudad es un lugar maldito, desde su mismo origen, por su estructura, por su ensimismamiento, por su colección de dioses. Toda ciudad, en su desarrollo, retoma esta maldición y la soporta como uno de los elementos constitutivos de toda ciudad>>.

Todos los constructores son hijos de Caín, comenzando por Nimrod, <<Gran cazador ante el Eterno>> (Génesis X. 8); es decir, gran conquistador. La Biblia le atribuye simbólicamente la construcción de Babilonia, Nínive, Akkad, Kalné, Ur, Kalach y Resén.

La ciudad encarna el orgullo del hombre. Nínive declara: <<Yo, y nadie más que yo>> (Sofonías II, 15). Los babilonios exclamaron: <<Ahora, construyamos una ciudad y démonos un nombre>>. Yahvé, expresando entonces su odio hacia los <<cocedores de ladrillos>>, responde: <<He aquí un pueblo uno, todos con una lengua sola; y este es el principio de sus empresas y ahora no les será difícil hacer todo cuanto se les ocurra. Bajemos, pues, y confundamos allí su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros>> (Génesis XI, 6-7).

El pueblo judío fue retenido cautivo en Babilonia. En Egipto, se encargan de la construcción de las ciudades de Pitom y Ramese, para uso del faraón (Éxodo I, 11). Más tarde, Yahvé condenará a Nínive, Damasco, Tiro y Gaza (Amós I). Jericó fue destruida por medio de un milagro. Babilonia es execrada. Sodoma y Gomorra fueron arrasadas. El Apocalipsis anuncia el fin de Roma. En la exégesis bíblica, la caída de la ciudad siempre representa la humillación de los grandes, la reducción de los poderosos.

Desear destruir las ciudades es considerado una obra buena y santa (Números XXI, 2). En lengua hebrea, el sustantivo masculino que designa al "ciudadano" quiere también decir "enemigo" en un sentido espiritual.

<<Los profetas apuntan a todas las ciudades, con una constancia y una permanencia increíbles. Los textos abundan en que tanto da que las ciudades sean amigas o

enemigas. Si existe una unidad formal en las profecías, está en la condena de las ciudades por el juicio de Dios; es decir, por un hecho ocurrido entre Dios y la ciudad (...) Para comprender la historia de las ciudades, hay que tener en cuenta esta maldición que pesa sobre ellas. Maldición que, desde el principio hasta el fin de las Escrituras, se expresa con: <<Yo destruiré (...) dijo el Eterno>>.

Babilonia es el símbolo de todas las ciudades. <<En ella, todas las ciudades son englobadas y sintetizadas (Daniel III y IV; Apocalipsis XIV y XVIII). Babilonia es la medida de todas las otras ciudades. Cuando se desborda la cólera de Dios, es la primera en ser golpeada. Cuando Babilonia es golpeada, todas las ciudades de la tierra son golpeadas en ella... Todo lo que en la Biblia se dice de Babilonia se dice en realidad de las ciudades en su conjunto. Como todas las ciudades, Babilonia es el centro de la civilización. Se trabaja y se comercia para la ciudad, como es en la ciudad donde se desarrolla la industria; por ella las flotas surcan los mares; allí se expanden el lujo y la belleza, allí se eleva el poder...>>

La instauración del reino de Yahvé implica la ruina de las ciudades orgullosas que son una especie de desafío lanzado a un dios celoso. <<La ciudad ya no será habitada, no será el hogar de hombre alguno>>. Esta frase es un verdadero leitmotiv de cada palabra pronunciada sobre la ciudad (...) En todas las ciudades resonará el eco de esta ruptura en la cual la ciudad no tendrá razón de ser, cuando el hombre se encuentre liberado de la ciudad (Jeremías L, 13; Isaías XIII, 19). En el Apocalipsis, la "caída" de Babilonia arrastra consigo a <<todas las ciudades de las naciones>>.

La condena de la ciudad forma parte de la condena de la historia. El hombre debe vivir en la ciudad como debe vivir <<en el pecado>>, hasta el día del Juicio final, cuando Yahvé ordene a los hombres: <<¡Pueblo mío, sal de Babilonia!>>

Entonces, será instituida la única ciudad querida por Dios, la <<Jerusalén celeste>> que es la antítesis de todas las ciudades, que verá el retorno de la humanidad (o de una parte de la misma) al Edén anterior a Caín. Porque, dice Jacques Ellul, <<lo que Dios desea es la separación del hombre y la ciudad>> -el retorno al estado nómada anterior a la revolución neolítica.

<<Ulteriormente -escribe Giorgio Locchi-, la misión de Abrahán, convertido en nómada después de abandonar su ciudad natal (Ur), y de su descendencia, será la de negar y rechazar, desde dentro, toda forma de civilización postneolítica, cuya misma existencia perpetúa el recuerdo de una rebelión contra Yahvé>> (artículo citado).

En la antigua sociedad hebrea, esta vocación nomadista serán encarnada, sobre todo, por los gerim (término que sirve, entre otros, para designar en la Biblia al nomadismo de los patriarcas), cuya vida es una larga peregrinación (magur). Entre ellos se reclutaron, durante el siglo IX antes de nuestra era, los primeros sectarios rekabitas, para los cuales el nomadismo no era un simple modo de vida, sino un medio eficaz de salvar los principios de la Alianza.

Entre los gerim se incluyen los levitas, casta que, después del retorno a Canaán, se definirá como <<la tribu sin tierra>> y continuará persiguiendo el ideal de rechazo de la historia que pareció triunfar a partir de la destrucción del segundo Templo.

<<Rechazando la tierra -precisa André Neher-, los levitas rechazaron al mismo tiempo la civilización cananea, esencialmente sedentaria. La vida económica de Canaán descansaba en la agricultura y el comercio (...) Los levitas nunca se cananizaron. Únicos entre los hebreos, no se dedicaron ni al cultivo de la tierra, como la mayoría de los hebreos que entraron en Canaán, ni al comercio, como más tarde hicieron también

los hebreos cuando las partes más ricas del país les fueron igualmente sumisas>> (La esencia del profetismo, 1972).

Ernest Renan había escrito: <<El jeovaismo posee una especie de odio hacia la civilización. El progreso es, a sus ojos, un crimen digno de una punición inmediata. El castigo de la civilización es el trabajo y la división de la humanidad. La tentativa de la cultura mundana, profana, monumental, artística, de Babel, es el crimen por excelencia>> (Historia del pueblo de Israel).

### Transformación y "producción" del espacio

Treinta y cinco siglos más tarde, Marx afirmó a su vez que <<el castigo de la civilización es el trabajo y la división de la humanidad>>. El pensamiento marxista se elabora sobre el modelo urbano clásico. Para el autor de "El Capital", el espacio de la ciudad es el del <<crimen social>> por excelencia. Para Marx, la gran ciudad es el sitio de los antagonismos esenciales del hombre.

En 1845, Engels escribiría: <<Las grandes ciudades son los hogares del movimiento obrero. Es allí donde los obreros comienzan a reflexionar sobre su situación y sobre su lucha. Es en la ciudad donde se manifiesta la oposición entre el proletariado y la burguesía>>. En su artículo "Contra Dühring" (1878) precisa: <<Nuestra civilización nos ha dejado, con las grandes ciudades, una herencia que necesitará mucho tiempo y esfuerzo para ser eliminada, pero que es necesario eliminar incluso sabiendo que se trata de un proceso a largo plazo>>.

Las perspectivas de la teoría marxista en el medio rural nunca fueron efectivas sino a costa de increíbles gimnásticas intelectuales.

En su obra sobre "El pensamiento marxista y la ciudad", Henri Lefebvre, teórico del neomarxismo, examina <<la problemática urbana en el cuadro del materialismo histórico>>. Sujeto que conoce bien, puesto que ya había publicado, anteriormente, "El derecho urbano" (1968), "Mundo rural y mundo urbano" (1970), "La revolución urbana" (1970), etc. Lefebvre considera la ciudad no solamente como una categoría histórica en sí misma, sino como el sitio de la división y de la lucha de clases. La historia de la ciudad, escribe, es la historia del materialismo dialéctico -es decir, de la historia por excelencia.

Marx había analizado sobre todo las nacientes <<ciudades mundiales>>. De ahí que piense que la revolución habría de producirse en los países más industrializados, en las concentraciones urbanas más fuertes. Esperanza que ha sido desmentida por los hechos. La ciudad se ha convertido en <<la sede y el instrumento del neocapitalismo>> (Lefebvre). Nada anuncia la <<desaparición del Estado>> en el sentido en que lo entendía Marx. Lefebvre se pregunta por qué.

Así, introduce en su análisis un nuevo dato. Las fuerzas productivas escribe, han llegado a un punto en el que ellas mismas <<producen>> el espacio y lo transforman: <<El espacio no es solamente ocupado y habitado, también es transformado hasta tal punto que su "materia primera", la naturaleza, está amenazada por esta dominación que es también una apropiación>>. De ahí resultan nuevas contradicciones -por ejemplo, entre <<el espacio globalmente producido>> y sus <<fragmentos resultantes de las relaciones de producción capitalistas>>-, que Lefebvre encuentra eminentemente positivas y en las cuales sitúa sus esperanzas hasta el punto de afirmar que, en caso de error, él mismo deberá <<abandonar a Marx y al marxismo>>.

En un registro diferente, se descubre el mismo esquema en el psicoanalista Alexander Mitscherlich, para quien <<la historia de las ciudades es la historia del egoísmo de sus habitantes>>, y que ve en la ciudad moderna una expresión predominante del <<instinto de muerte>>.

## Las villas mundiales

Oswald Spengler, en "La decadencia de Occidente", ha retratado con infinito detalle la evolución de la ciudad, desde la aldea hasta la <<villa mundial>>.

La diferencia entre la aldea y la villa no es exclusivamente de tamaño. La aldea no se opone fundamentalmente a la campiña. Construida en torno al mercado, constituye el punto de intersección de un cierto número de intereses rurales. Está ligada a la tierra y depende de la "naturaleza", de la cual adopta sus hábitos y sus ritmos.

Con la <<villa de cultura>>; es decir, la ciudad tradicional, la naturaleza es, al contrario, dominada, tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista político. La villa se transforma en una pequeña sociedad autónoma, en constante evolución con relación al medio ambiente. La villa deviene el sujeto colectivo de la historia de sus habitantes. La relación entre la villa y la campiña es análoga a la relación entre la sociedad y la "naturaleza". En la villa, las sociedades ciudadanas son plenamente históricas, por oposición a las sociedades rurales, que son sociedades de repetición (la campiña desempeña el rol, indispensable, de una reserva humana potencial destinada a actualizarse progresivamente en las ciudades -al mismo tiempo que efectúa su reemplazo).

Pero la <<villa de cultura>> se extiende sin cesar, absorbiendo poco a poco los campos. La relación con la naturaleza deja de ser dialéctica para devenir esterilizante. El mundo rural está vacío, sin poseer tiempo para su renovación. Paralelamente, la gestión de la ciudad deviene cada vez más pesada y burocrática. Las formas geométricas y fijas sustituyen a las formas orgánicas. El anonimato es la regla. El individuo se encuentra disminuido con relación al medio que le rodea.

Así surge la <<villa mundial>>, sumisa, según las épocas, al poder de los tecnócratas o de los funcionarios imperiales. Su aparición, dice Spengler, corresponde al estadio de <<petrificación de las culturas>>.

<<Estas ciudades gigantescas -escribe-, nacen y mueren en todas las civilizaciones. El concepto de provincia cambia el paisaje interior que fue la madre de su cultura (...) Estas ciudades devienen la historia petrificada de un organismo>>.

<<Las villas mundiales del tiempo de la dinastía Han y las indias de la dinastía de los Maurya -prosigue Spengler-, tienen las mismas formas geométricas. Las villas mundiales de la civilización europeo-americana están lejos de detener su evolución hacia el gigantismo. No veo lejano el tiempo de las ciudades urbanas construidas para albergar diez o veinte millones de habitantes>>.

Es el estadio al que ya hemos llegado hace un tiempo.

Los Estados modernos se enfrentan todos al mismo problema: ¿cómo canalizar el crecimiento de las grandes ciudades sin dañar las exigencias de la vida social ni su desarrollo? En este dominio, prevalece ante todo el pragmatismo. En la actualidad, no

es posible que las ciudades continúen creciendo indefinidamente. No faltan las proposiciones más futuristas, pero las soluciones no son únicamente asunto de técnicos, de planes y de "metrópolis de equilibrio". El ejemplo de Nueva York obliga a la reflexión: la extrema debilidad de esta ciudad es la de un cierto modo de organización y de agrupación urbana.

La segunda revolución industrial

Contrariamente a una idea muy difundida, el urbanismo no atiende únicamente al crecimiento demográfico, sino, en primer lugar, a los mecanismos económicos articulados en torno a la industria, y después a la multiplicación de los empleos terciarios y a la búsqueda de niveles de vida superiores. Y también a las tradiciones históricas.

La prueba está en Francia e Inglaterra, en donde las aglomeraciones parisina y londinense agrupan, en ambos casos, un tercio del número total de los habitantes del país.

La primera revolución industrial exigió una gran concentración de la mano de obra. La segunda debería permitir una reorganización de los habitantes. En los Estados Unidos, el éxodo de las <<ciudades-centrales>> se produjo a partir de 1950. La población crece más viva en las zonas no urbanas que en las zonas urbanas. En estas últimas, la población de las ciudades disminuye, mientras aumenta la de las primeras.

El arquitecto Xavier Arsène (Nuestras ciudades, 1969), reconoce que <<el sueño de la mayor parte de los europeos es convertirse en propietarios de una casa individual>>. En todos los países desarrollados, el acceso a la propiedad individual ha contribuido fuertemente a la "desproletarización" de las masas populares. Bernard Oudin, autor de un Alegato por la ciudad, ha desenterrado el hacha de guerra contra <<el mito de la mansión individual>> y del <<espacio verde a toda costa>>. A este ideal opone <<la célula individual, preservando, mejor que un apartamento, el aislamiento y la intimidad de cada uno, entendiendo que estas células, apretadas en el espacio, serían estrechamente solidarias en un conjunto colectivo>>.

Cita como ejemplos los trabajos del arquitecto israelita Moshé Sadfi y las <<ciudades de veraneo>> del Club Mediterráneo, lo que los expertos denominan "estilo neocasbah".

En "Las ciudades en la historia" (1972), el historiador Arnold Toynbee anuncia la próxima llegada de las <<ecumenópolis>>, que, a su decir, albergarán a la mayor parte de los habitantes del mundo.

Jean Fourastié, en su prólogo a "Las ciudades del futuro" de Michel Ragon (1967), proclamaba al contrario: <<No necesitamos que París se convierta en Los Angeles más Notre-Dame; no necesitamos que Atenas sea Toronto más la Acrópolis>>. Y tenía razón.

**Texto descargado de:**  
**Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)**  
**Enero 2007**